

Una reina desafía a un tirano y a su propio destino.
La novela de Catalina de Aragón.

NOVELA HISTÓRICA

SI EL AMOR REINARA

LAURIEN
GARDNER

Styria

Annotation

Mayo de 1501. La infanta Catalina de Aragón, hija menor de Isabel la Católica, acompañada de su dama Estrella de Montoya viaja a Inglaterra para contraer matrimonio con Arturo Tudor, príncipe de Gales.

A los pocos meses del enlace, la muerte del príncipe convertirá a Catalina en rehén de su suegro, Enrique VII, y de su padre Fernando de Aragón, que tratan de afianzar la alianza entre ambos estados. Décadas después, la amarga experiencia enseñará a las jóvenes españolas que las leyendas poéticas no se deben confundir con la realidad. Catalina, casada desde hace tiempo con Enrique VIII, se aferra a sus ilusiones aun cuando Enrique, desesperado por tener un heredero varón, trata de reemplazarla por la ambiciosa Ana Bolena, mujer más joven e intrigante lo que supondrá la ruptura definitiva de Inglaterra con la Iglesia de Roma. Cuando esto ocurre, Estrella asume un gran riesgo al permanecer leal a su señora, la auténtica reina que por su saber y su caridad, se ganará el aprecio y el respeto de la corte y del pueblo inglés.

Catalina se verá obligada a renunciar al título de reina y, desde entonces, recibirá el trato de princesa 'viuda' de Gales, título que se negará a reconocer hasta su muerte, acaecida el 7 de enero de 1536 en el castillo de Kimbolton tras varios años de separación de la vida de la Corte.

LAURIEN GARDNER

Si el amor reinara

Traducción de Beatriz Iglesias

Styria

Sinopsis

Mayo de 1501. La infanta Catalina de Aragón, hija menor de Isabel la Católica, acompañada de su dama Estrella de Montoya viaja a Inglaterra para contraer matrimonio con Arturo Tudor, príncipe de Gales.

A los pocos meses del enlace, la muerte del príncipe convertirá a Catalina en rehén de su suegro, Enrique VII, y de su padre Fernando de Aragón, que tratan de afianzar la alianza entre ambos estados. Décadas después, la amarga experiencia enseñará a las jóvenes españolas que las leyendas poéticas no se deben confundir con la realidad. Catalina, casada desde hace tiempo con Enrique VIII, se aferra a sus ilusiones aun cuando Enrique, desesperado por tener un heredero varón, trata de reemplazarla por la ambiciosa Ana Bolena, mujer más joven e intrigante lo que supondrá la ruptura definitiva de Inglaterra con la Iglesia de Roma. Cuando esto ocurre, Estrella asume un gran riesgo al permanecer leal a su señora, la auténtica reina que por su saber y su caridad, se ganará el aprecio y el respeto de la corte y del pueblo inglés.

Catalina se verá obligada a renunciar al título de reina y, desde entonces, recibirá el trato de princesa 'viuda' de Gales, título que se negará a reconocer hasta su muerte, acaecida el 7 de enero de 1536 en el castillo de Kimbolton tras varios años de separación de la vida de la Corte.

Título Original: *The Spanish Bride*

Traductor: Iglesias, Beatriz

©2005, Gardner, Laurien

©2007, Styria

ISBN: 9788496626560

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 03/08/2019

Laurien Gardner

Si el amor reinara

La novela de Catalina de Aragón

TÍTULO original: The Spanish Bride

© 2005, Laurien Gardner

© 2007, Beatriz Iglesias por la traducción

© 2007, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

ISBN: 978-84-96626-56-0

Depósito Legal: B-54.756-2007

Notas preliminares

La era de las caballerías

EN EL camarote, Catalina había estado leyendo en voz alta a sus doncellas las historias escritas por sir Thomas Malory. Siempre había adorado la saga artúrica. Los viejos romances franceses, contados una y otra vez, le resultaban ya tan familiares como las Escrituras; y, cuando los leía a las damas de honor, Estrella notaba en su voz admiración por los valientes y devotos caballeros de antaño.

Y así los devolvía a la vida. Mientras la joven doncella miraba más allá del agua hacia la tierra que también sería su nuevo hogar, donde seguramente se casaría y acabaría sus días, Estrella imaginaba a hombres corpulentos con bruñidas armaduras montados a horcajadas sobre caballos de guerra. Hombres rebosantes de la gracia de Dios, caballerosos y honorables. Sintió un temblor de excitación en el vientre, y no pudo evitar sonreír. Se arropó con la capa cuando un escalofrío recorrió su cuerpo delgado, y deseó que el barco partiera cuanto antes y atracara. Estaba impaciente por llegar a Inglaterra.



1501

RONCAS voces de marineros berrear y atronaron desde cubierta y desde los mástiles y los palos de más arriba, y Estrella las escuchó con la repentina emoción de avistar tierra. Todas las doncellas interrumpieron su labor y se miraron las unas a las otras, con los ojos muy abiertos y un atisbo de sonrisa en los labios. Lejanos pasos de botas sobre las tablas de cubierta delataron la prisa de los hombres por ocupar sus puestos. Las doncellas empezaron a parlotear, y sólo la cabeza de la princesa Catalina se inclinó en silencio por un momento sobre el libro que había estado leyendo de viva voz, antes de volverse hacia la ventana del camarote. Esta daba al vacío mar por el que habían venido, pero también dejaba entrar la luz del exterior; y, a través de ella, las voces de los marineros llegaban hasta los pasajeros desde cubierta.

La tensión que traslucían las voces de los marineros españoles era en cierto modo inquietante, porque decía a Estrella que los hombres a quienes habían confiado sus vidas temían este viaje tanto como ellas. Lo cual no era muy reconfortante, ya que el tiempo había estado muy revuelto, y la travesía, plagada de horribles tempestades. Como casi nadie de los sesenta consejeros, doncellas y criadas que acompañaban a Catalina había surcado antes los océanos, la mayoría estaban pálidos de miedo o de mareo. Muchos, de ambas cosas. Los guiaba a través del canal un inglés, aunque ¿eso qué más daba? Hasta los ingleses estaban expuestos a los caprichos del clima y del destino. Ahora el alivio inundaba el camarote, y Francesca de Carceres se puso en pie de un brinco y dejó la costura en el taburete donde antes estaba sentada.

—¡Gracias a Dios! ¡Hemos llegado sanos y salvos! —se arregló, cogió la capa y se la echó por encima de los hombros sin siquiera pedir permiso para salir.

—Todavía no hemos atracado —dijo Catalina con suavidad, mientras apartaba la vista de la ventana—. Antes dejemos que Dios cumpla del todo sus designios. Seamos pacientes.

Estrella se inclinó hacia delante y susurró a la princesa por debajo del parloteo de las otras damas de honor:

—¿Al menos podemos observar cómo los cumple? ¿Podemos subir a cubierta para tomar un poco de aire fresco? —Estaba hasta la coronilla del aire «fresco» del mar; pero el balanceo del barco era mucho más insoportable en los camarotes, e incluso el habitáculo que el capitán les había cedido resultaba frío, húmedo y pestilente. La madera empapada olía a rancio por el moho que la cubría; de la sentina subía un fuerte hedor, como a pescado podrido, y la hediondez de las dependencias de la sucia tripulación invadía escaleras y pasillos. Quienes deseaban presenciar la arribada a Inglaterra desde cubierta, pidieron permiso a gritos.

Catalina volvió a mirarlas a todas y sonrió, y entonces Estrella pudo ver en sus ojos la radiante emoción.

—Lita, sois más lista de lo que nos hacíais creer. Yo sé que sólo queréis volver a ver a ese capitán de barco.

Aunque en todo era hija de la reina de Castilla, nacida para gobernar con gracia real, tenía la misma edad que Estrella y había momentos en que aparentaba incluso menos de quince años. El séquito de doncellas prorrumpió en risas y chillidos, y Estrella se sonrojó al negarlo.

—¡No! Es un cerdo.

—Sí, pero un cerdo muy guapo. —El comentario suscitó una oleada de risitas.

—Alteza, sólo quiero tomar un poco de aire fresco. — Estrella no pudo evitar sonreír, porque aunque en efecto

quería presenciar la arribada a tierra, tampoco le importaría vislumbrar nuevamente los atractivos rasgos de su capitán.

Catalina asintió, riendo entre dientes:

—Muy bien, Estrellita —y todas las demás—, comprobemos qué se ve desde ahí arriba. —El delicado rostro ovalado se le iluminó con una cálida sonrisa, mientras echaba la mano al velo para cubrirse con él antes de abandonar el camarote.

Las nueve doncellas, algunas con tan sólo doce años de edad y dos o tres de ellas unos tres años mayores que Catalina, se levantaron con su señora en un borboteo de energía apenas controlada. María de Salinas colocó la capa sobre los hombros de la princesa, y Francesca le trajo los guantes; luego ambas salieron del camarote tras Catalina y la siguieron por el pasillo, y escaleras arriba, hasta la cubierta de los cañones. Con la mayoría de la tripulación trepando por los mástiles, las negras piezas de artillería se habían quedado solas apuntando al vacío del mar. El aroma a grasa y pólvora se agradecía después de la fetidez bajo cubierta, y en el ambiente también flotaba un olor a tierra lejana. Esta vez se trataba de fresca vegetación, no de madera podrida o comida en mal estado.

En la pasarela y en la cubierta superior, los marineros correteaban de acá para allá, gritándose los unos a los otros y mirando todos ellos a proa. Las doncellas se abrieron paso entre pilas de cabos y rodearon los charcos de agua que había en la cubierta oscilante y resbaladiza. Las jarcias crujían en todas partes, y el reclamo de las gaviotas se fundía con el bramido del agua al chocar más abajo contra el casco de madera. Catalina hizo subir a su séquito una escalera más hasta el castillo de proa. Allí los atónitos oficiales del barco, sorprendidos por su pasajera real, hicieron una reverencia a su paso y luego buscaron con la mirada a alguien que les dijera que la princesa podía estar en las cubiertas superiores. Doña Elvira, la dueña de Catalina no estaba por allí, así que nadie puso objeción alguna. Ca-

talina se asomó a proa para apuntar con el arco a su destino.

El capitán de barco sí estaba; y Estrella lo admiraba a través del velo, porque su elegante figura destacaba entre sus subordinados. Parecía más joven de lo que podía ser para un hombre de su posición, ancho de hombros, fuerte de brazos y piernas, y con un rostro limpio y regular. Recorría a las doncellas con la mirada, y Estrella imaginó que al pasar la posaría en ella una fracción de minuto más. Luego, cuando él volvió a sus obligaciones marítimas y dejó de mirar a las jóvenes pasajeras que poco tenían que ver con el gobierno del barco, ella pasó a concentrar su atención en el avistamiento de tierra firme.

Pese a la pantalla que había sobre las bordas, por los huecos que quedaban entre sus paneles, el frío y húmedo viento inglés azotaba a las doncellas y sus ropas. Estrella echaba de menos España, donde el sol era cálido y el aire, seco la mayor parte del año. Dos doncellas de Catalina ya tenían tos. Estrella jamás había estado enferma y la aterraba que su salud pudiera caer en desgracia por el frío y la humedad.

Pero al mirar a Catalina, se respiraba emoción en el aire. La princesa de Aragón contemplaba el agua como una primera visión de su nuevo hogar. Una luz brillaba en sus ojos, una sonrisa asomaba a sus labios, y el libro que llevaba en las manos lo apretó fuertemente contra el pecho. Aunque el cabo que albergaba el puerto de Plymouth todavía era una línea oscura en el horizonte, Catalina dijo: «Es de lo más hermoso.»

—Es un trozo de roca —dijo Francesca, haciendo gala de su sentido práctico. Razón no le faltaba. De momento, el único inglés que habían conocido era el práctico de puerto, Stephen Brett, que las había guiado en la travesía. Por supuesto, él había hecho el viaje en su propio barco. Aquel navío cabeceaba sobre las olas ante ellos, ligeramente a su derecha, con las jarcias tensas por el azote del vien-

to en las velas. La escolta española de Catalina no sabía nada sobre Inglaterra, su tierra o sus habitantes. Lo que veían en el horizonte era sólo una porción de tierra, muy poco visible en la vaga distancia.

—Es Inglaterra, queridas amigas —respondió Catalina, con la voz preñada de asombro. Con un solo dedo, levantó discretamente el velo lo suficiente para ver un poco mejor, y luego lo dejó caer por si doña Elvira la sorprendía o se enteraba por alguien—. Ésta es la tierra donde vivió el rey Arturo y todos los caballeros de la Mesa Redonda. Inglaterra, donde mi propio Arturo me espera.

Estrella había advertido el vivo rubor que florecía en las mejillas de la princesa, y no sabía decir si era debido al frío viento o a su expectativa de matrimonio con el nuevo Arturo de Inglaterra, el príncipe de Gales. Echó un vistazo al volumen deliciosamente encuadernado y repujado en lujoso cuero rojo que Catalina tenía entre las manos. En el camarote les había estado leyendo en voz alta las historias escritas por sir Thomas Malory. Catalina siempre había adorado la saga artúrica. Los viejos romances franceses, contados una y otra vez, le resultaban tan familiares como las Escrituras, y cuando se los leía a las damas de honor, Estrella notaba en su voz admiración por los valientes y devotos caballeros de antaño.

Y así los devolvía a la vida. Mientras la joven doncella miraba más allá del agua hacia la tierra que también sería su nuevo hogar, donde seguramente se casaría y acabaría sus días, Estrella imaginaba a hombres corpulentos con bruñidas armaduras montados a horcajadas sobre caballos de guerra. Hombres rebosantes de la gracia de Dios, caballerosos y honorables. Sintió un temblor de excitación en su vientre, y no pudo evitar sonreír. Se arropó con la capa cuando un escalofrío recorrió su cuerpo delgado, y deseó que el barco partiera cuanto antes y atracara. Estaba impaciente por llegar a Inglaterra.

Al día siguiente atracaron en Plymouth, pero el viaje no se acababa en tierra firme. Ahora a la princesa y su séquito les esperaba el viaje por tierra hasta Londres, en el que había más personas involucradas. La llegada de la princesa fue una noticia sonada en todo el país, y cada oportunidad era buena para alentar a que la población la aceptara. La caminata desde el puerto de la ciudad hasta Londres era un desfile festivo y radiante, una solemne procesión que se alargaría unas semanas. En cada pueblo la comitiva española era recibida con muestras de alegría por parte de los vecinos alineados a ambos lados de las calles para aclamar a su nueva princesa. Poco a poco el cortejo español iba pasando, pues todos deseaban saludar al séquito de Catalina tanto como deseaban verla y acogerla a ella. En un lugar llamado Exeter, Catalina fue recibida con estandartes de vivos colores y ocurrence motivo, que ondeaban en tejados y edificios. Había enormes hogueras, y parecía que todas las campanas de la cristiandad repicaban de alegría. Estrella empezaba a profesar simpatía a estos ingleses, y veía que Catalina se mostraba agradecida por la bienvenida. Por muy cansada que estuviera del viaje, la princesa mostraba siempre un comportamiento cálido y jovial con todos ellos. Cuando se bañaba en la multitud, atendía y respondía a los individuos antes que a las masas. Los miraba a los ojos, y a veces incluso los saludaba en inglés con acento español. Las personas agraciadas parecían crecerse con su atención, y le correspondían saludándola con la mano o incluso tirándole besos. Estrella se maravillaba ante la alegría que reinaba entre Catalina y su nuevo pueblo.

Tras una tarde agotadora siempre abundaba la comida, aunque insípida. El alojamiento parecía lo mejor que sus anfitriones podían ofrecer, si bien las doncellas lo encontraban falto de gracia. El séquito de Catalina no era especialmente numeroso para su condición de princesa; sin embargo, solía alojarse en lugares donde no había espacio suficiente para que todo el mundo durmiera cómodamente.

Algunas de las criadas menores —lavanderas, panaderas y cocineras— tenían que dormir al raso con sólo paja y mantas debajo. A decir verdad, había paja y mantas en abundancia, pero aun así... Estrella compartía una cama con Francesca, que siempre ocupaba más espacio del que le correspondía y, por si fuera poco, se pasaba la noche dando vueltas. Estaría bien llegar por fin a Londres y contar con cama propia, por fea e incómoda que fuera.

Mostraban gran curiosidad por los ingleses que conoían en el camino. A Estrella todos le parecían extremadamente pálidos, pues su familia era de tez blanca y cabello moreno. Ella misma se veía morena en comparación con la mayoría de los ingleses. Muchos eran incluso más pálidos que Catalina, cuya exquisita sangre real y remota ascendencia inglesa se dejaban notar en su cabello castaño y su delicada complexión. Aquí, en Inglaterra, hasta los hombres se sonrojaban, y sus labios parecían finos y rosas y mezquinos. Algunos eran como honor, Estrella notaba en su voz admiración por los valientes y devotos caballeros de antaño.

Y así los devolvía a la vida. Mientras la joven doncella miraba más allá del agua hacia la tierra que también sería su nuevo hogar, donde seguramente se casaría y acabaría sus días, Estrella imaginaba a hombres corpulentos con bruñidas armaduras montados a horcajadas sobre caballos de guerra. Hombres rebosantes de la gracia de Dios, caballerosos y honorables. Sintió un temblor de excitación en su vientre, y no pudo evitar sonreír. Se arropó con la capa cuando un escalofrío recorrió su cuerpo delgado, y deseó que el barco partiera cuanto antes y atracara. Estaba impaciente por llegar a Inglaterra.

Al día siguiente atracaron en Plymouth, pero el viaje no se acababa en tierra firme. Ahora a la princesa y su séquito les esperaba el viaje por tierra hasta Londres, en el que había más personas involucradas. La llegada de la princesa fue una noticia sonada en todo el país, y cada oportunidad era buena para alentar a que la población la aceptara. La